



www.loqueleo.com/es

© 2004, César Vidal Manzanares

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-065-7

Depósito legal: M-37.947-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: noviembre de 2019

Más de 10 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El último tren a Zúrich

CÉSAR VIDAL

loqueleg

*Para Sagrario, que respuntea de luz,
belleza y alegría
mis recuerdos de Viena,
que hubiera resultado distinta
—y mucho menos hermosa— sin ella.*

Pasó sobre su cabeza con la rapidez de una centella, surcó los limpios huecos situados entre las armoniosas columnas y se estrelló con un ruido seco contra la decorada pared. A Eric no le habría extrañado que aquel objeto que apenas había podido distinguir quedara pegado, como las mariposas que su tía coleccionaba y clavaba, en aquellos muros. Sin embargo, estalló en mil pedazos y tan solo dejó un reguero de espumilla brillante que a Eric le llevó a pensar en el rastro húmedo de los caracoles. Dada su predisposición a distraerse con temas banales, en otro tiempo y en otro lugar se hubiera entregado a recordar no solo los ya citados seres, sino también las lapas o cualquier otro animal que fuera dejando en pos de sí un recuerdo acuoso de su paso. No sucedió así, por la sencilla razón de que distraerse en esos momentos habría resultado una imprudencia imperdonable.

Con la intención de evitar un golpe, se deslizó a cuatro patas por el suelo encerado y, procurando no resbalar, buscó refugio detrás de una de las mesas. Consistía esta en una gran laja de mármol blanco sostenida en el

aire por unas patas cruzadas de metal negro y labrado, y cuando miró, cubierto por ellas, se dijo que habría preferido encontrarse resguardado por un muro.

8 Mientras se esforzaba por no dejar un solo centímetro de su cuerpo fuera del campo de protección del mueble, dirigió la mirada hacia la izquierda. Allí, a un paso de la puerta, un grupo confuso pero muy compacto de jóvenes ataviados con camisas pardas y brillantes correajes negros descargaba sus porras una y otra vez sobre lo que parecía un deforme gurullo formado por un abrigo negro y unas manos extendidas y llenas de sangre. A unos metros de aquella paliza, un par de muchachos vestidos con el mismo uniforme estaban pasando unas huchas rojizas por las mesas en solicitud de donativos. Visto lo que estaban haciendo con el pobre infeliz que taponaba la entrada, los presentes no mostraban lentitud alguna. Echaban en las ranuras monedas o incluso algún billete doblado, ya que, a juzgar por la expresión de sus rostros, no podían permitirse la menor reticencia frente a aquella colecta.

Los muchachos de las alcancías parecían, desde luego, contentos. Cada vez que aumentaban sus haberes, movían los alargados recipientes con un rápido gesto de la muñeca y les arrancaban un alegre sonido metálico.

Desvió Eric los ojos hacia la derecha y contempló a los camareros, que se habían colocado con las nalgas pegadas contra el mostrador a la espera de que concluyera todo. Sin duda, el calvo tenía miedo de que aquellos uniformados jóvenes la emprendieran a golpes con alguien

distinto del desdichado al que estaban moliendo a la entrada. Sin embargo, no todos mostraban semejante inquietud. Uno de ellos, delgado, moreno y con ojos azules, contemplaba la escena con el mismo gesto aburrido con que habría visto llegar el camión de la leche. En cuanto a los dos empleados restantes, se habían colocado las bandejas delante del pecho como si así pudieran protegerse mejor de cualquier eventualidad desagradable. Estaba Eric contemplando aquellas reacciones tan dispares cuando un soniquete metálico le obligó a cambiar su ángulo de visión.

9

Uno de los jóvenes de camisa parda se había detenido ante una mesa, situada a cinco metros escasos, mientras hacía repiquetear la hucha con golpes acompasados e ininterrumpidos. No podía ver Eric a la persona a la que instaba, bastante infructuosamente por cierto, a contribuir. Sin embargo, a pesar de que lo mejor hubiera sido no cambiar de posición, su curiosidad resultó más fuerte que su prudencia. Reculó unos centímetros, colocó las yemas de los dedos sobre el mármol y se impulsó lo suficiente como para poder proyectar la mirada por encima de la mesa.

Un hombrecillo un tanto sobrado de peso escribía con una pluma de color corinto sobre un cuaderno de inmaculada blancura. El hecho en sí no habría tenido la mayor importancia de no ser porque el joven uniformado se encontraba ante él y agitaba cada vez con más fuerza la hucha. Ciertamente, aquel gordito debía de ser muy sordo o estar loco por completo.

—El movimiento nacionalsocialista solicita su ayuda —dijo el muchacho de la alcancía, y Eric se dio cuenta de que habían sido las primeras palabras pronunciadas por alguien de aquel grupo. Hasta ese momento les había bastado con realizar gestos, con o sin porras, para lograr lo que deseaban.

10 Apenas acababa de pronunciar el joven la última palabra, el hombre levantó los ojos del papel. La suya fue una mirada totalmente exenta de temor. Por un instante, la posó sobre el muchacho y luego volvió a bajarla para continuar escribiendo.

La alcancía enmudeció a la vez que el muchacho de la camisa marrón enrojecía hasta la misma raíz de los cabellos. Hasta ese momento, todos los presentes se habían doblegado ante aquella petición independientemente de los deseos que tuvieran de hacerlo y ahora... ahora...

—¿Sucede algo, Hans?

Eric miró de forma instintiva hacia el lugar del que procedía la voz. Se trataba del segundo postulante. Había abandonado el lugar donde estaba realizando su cuestionación y, pasando bajo los elegantes arcos del café, se acercaba ahora con pasos acelerados a su camarada.

—¿Sucede algo, Hans? —volvió a preguntar.

No respondió, pero tampoco fue necesario. La vista de su compañero se dirigió hacia el hombre que seguía escribiendo y entonces se detuvo en seco, igual que si se hubiera topado con un muro invisible. Tardó unos instantes en recuperarse de la impresión y, cuando lo hizo, giró en redondo y echó a correr hacia el grupo de camisas

pardas que había en la puerta. Habían terminado ya de golpear al hombre del abrigo negro y estaban charlando animadamente entre ellos, intercambiando risas y manotazos. Eric pudo ver que el segundo postulante llegaba a su lado y pronunciaba unas palabras al oído del que parecía de mayor edad. Este dio un respingo y lanzó una mirada rápida en dirección a la mesa. A continuación apretó los labios y se dirigió, dando zancadas, hacia aquel sujeto empeñado en seguir escribiendo.

—Sé quién eres —gritó más que dijo al llegar a su altura—. Un día haremos un montón con todos tus libros y les prenderemos fuego...

11

Eric tragó saliva al escuchar aquellas palabras, pero el hombre continuó deslizando la pluma sobre el papel como si, ajeno a lo que sucedía, se encontrara inmerso en una calma total. Fue precisamente esa serenidad la que provocó una mayor irritación en su interlocutor. Con gesto rápido, sacó la porra de la cartuchera y la descargó contra la mesa de mármol.

El tañido de un centenar de campanas no le habría parecido a Eric más ensordecedor que aquel rotundo golpe único. De hecho, todos los presentes, a excepción de los camisas pardas y del camarero de los ojos azules, dieron un respingo, a la vez que contenían la respiración.

El hombre dejó la pluma sobre la mesa y a continuación se llevó, de manera sosegada, la diestra al bolsillo de la americana. Daba la impresión de que iba a buscar algo de dinero con el que calmar a los camisas pardas, y ese pensamiento infundió una cierta calma entre los presentes.

Parecía que, al fin y a la postre, para bien de todos, entraba en razón. Esa misma certeza hizo que una sonrisa pegajosa aflorara en el rostro del jefe del grupo. Sin embargo, el silencioso hombre extrajo de su chaqueta, no un monedero, sino una cajita rectangular de terciopelo azul. La abrió parsimoniosamente y colocó la pluma en su interior. Luego volvió a guardar el estuche en la americana y se cruzó de brazos mientras miraba a los dos camisas pardas.

12 —No tengo la menor intención de dar un solo chelín para ese compatriota trastornado que se llama Adolf Hitler.

Pronunció aquellas palabras en el mismo tono de voz con que podía haber pedido un café o preguntado la hora. Sin embargo, resonaron en el interior del Café Central como un trallazo. De hecho, Eric pudo ver cómo los clientes abrían los ojos igual que si fueran platos e incluso alguna mujer sacaba un pañuelo y lo mordía con gesto de auténtico pavor. Entre los camareros, el calvo había comenzado a enjugarse el copioso sudor con una impoluta servilleta, lo que, se viera como se viera, no dejaba de ser una gravísima incorrección en un establecimiento como aquel.

13

Los camisas pardas también las habían escuchado y, tras un primer momento de estupor, comenzaron a aproximarse con pasos inseguros hacia la mesa. No dijeron una sola palabra, pero bastaba con ver sus rostros para imaginarse lo que iba a suceder.

—Bien mirado, el que naciera en Austria es una suerte —dijo el hombre que había estado escribiendo, a la vez que los encamisados formaban una especie de media luna en torno a la mesa—. Aquí no le hizo nadie caso y tuvo que marcharse a Alemania.

El que parecía el jefe apretó la mandíbula como si deseara triturar entre los dientes la cólera que le corroía. Con un gesto repetido seguramente en centenares de ocasiones, empezó a golpearse la palma de la mano izquierda con el extremo de la porra.

El corazón de Eric latía con tanta fuerza que hubiera jurado que chocaba directamente contra la tabla del pecho. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué pretendía con exactitud? ¿Acaso no se había dado cuenta de la catadura moral de aquellos sujetos de camisa parda?

14

—Dios quiera en su infinita misericordia que no regrese jamás por aquí —dijo inesperadamente el desconocido, como si intentara proporcionar un colofón a sus provocativas afirmaciones.

El jefe de los camisas pardas avanzó un paso hacia la mesa y Eric cerró los ojos de forma instintiva, porque no deseaba ver cómo le partían la cabeza a aquel extraño cliente. Entonces un sonido agudo, tanto que parecía capaz de taladrar los tímpanos, rasgó el aire. Abrió los párpados y vio que los camisas pardas se habían quedado inmóviles. Hubiérase dicho que un brujo invisible había pronunciado un poderoso conjuro que los había congelado, convirtiéndolos en una simple fotografía de colores desvaídos a causa de la penumbra del local.

Eric parpadeó para asegurarse de que veía bien y no era víctima de alguna ilusión óptica. En ese mismo instante, aquel sonido, metálico e insoportablemente agudo, volvió a arañarle los oídos.

—¡Es la poli! ¡Es la poli! —gritó uno de los camisas pardas más cercanos a la entrada del café.

—¡Hay que darse el piro! ¡Rápido! —respondió el jefe del pelotón.

El rostro de Eric avanzó hasta casi golpearse contra las metálicas patas de la mesa en un intento de contemplar mejor aquella escena tan inesperada. Como si temieran que el cielo pudiera desplomarse sobre sus cabezas, los camisas pardas se apresuraron en llegar a la entrada y así evadirse de la acción de la policía. No debían de estar muy acostumbrados a llevar a cabo aquellas retiradas, porque provocaron una aglomeración en la puerta y, a continuación, comenzaron a repartirse patadas y manotazos para abrirse camino. Por un momento, dio la impresión de que no podrían salir, pero, de repente, uno de ellos tropezó, cayó al exterior tan largo como era y todos los demás se vieron obligados a saltar sobre él para llegar a la calle.

Mientras notaba un insoportable dolor en las articulaciones, Eric se puso en pie, corrió hacia una de las ventanas situadas a su izquierda e intentó abarcar con la mirada el camino seguido por los fugitivos. Para sorpresa suya, pudo ver que, lejos de mantener algo que se pareciera mínimamente al orden, se habían desperdigado cada uno por su lado, intentando evitar la detención.

¿Cuántos policías llegaron tras aquellos dos pitidos inesperados? No sabría decirlo Eric, pero en cualquier caso estaba seguro de que eran menos que los camisas pardas y, a pesar de todo, estos no les habían opuesto la

menor resistencia. De hecho, corrían con tanta velocidad por la Herrengasse y las calles aledañas que prácticamente habían desaparecido de la vista.

16 Durante unos instantes, clientes y camareros se mantuvieron sumidos en un silencio absoluto, el mismo que se había creado mientras aquel hombre se permitía no entregar el menor donativo a los ahora huidos. Luego, como si se hubiera producido una extraña explosión, todos comenzaron a dar voces, a agitar los brazos y a intercambiar acaloradas impresiones sobre lo que acababan de vivir. Todos. Bueno, no, todos no. El hombre que había seguido escribiendo durante la primera parte del incidente se había puesto en pie y, tras cerrar su cuaderno y dejar unas monedas sobre la mesa de mármol blanco, había comenzado a caminar hacia la salida.

Si le hubieran preguntado la razón, Eric no habría sabido darla, pero, de repente, sintió una imperiosa necesidad de hablar con aquel extraño personaje. Buscó con la mirada el lugar donde había depositado su maleta al entrar en el café y comprobó con alivio que allí seguía, como si estuviera esperándole, tranquila y adormilada. Se aproximó a ella, la agarró, la levantó de un tirón y apretó el paso hacia la salida.

No llegó. El camarero calvo se cruzó en su camino y, mientras se llevaba la diestra al bigote, le dijo con la excepcional cortesía de los vieneses que trabajan en su gremio:

—*Servus*, su consumición...

Eric sintió que enrojecía hasta la raíz del cabello. No había tenido la menor intención de marcharse sin pagar.

Simplemente, es que se le había olvidado con todo aquel jaleo.

—Sí, claro —balbució—. Tiene usted toda la razón. ¿Qué le debo?

El camarero calvo dijo una cantidad que Eric rebuscó todo lo deprisa que pudo en sus bolsillos, a la vez que miraba por la ventana para asegurarse de que no perdía la pista del hombre. Cuando, finalmente, logró salir a la calle, ya se había convertido en un punto lejano a punto de doblar una esquina.

Apretó el paso con la intención de acortar la distancia. No tardó en darse cuenta de que no era todo lo fuerte que habría deseado, de que la maleta pesaba mucho más de lo que recordaba y de que el costado comenzaba a dolerle.

Dobló la esquina por la que acababa de desaparecer el hombre y entonces pudo verlo con nitidez a una decena escasa de metros. Se había detenido ante unos cajones de libros situados en la acera. Con gesto de interés, ojeaba uno de los ejemplares. Visto de perfil, se notaba que su abdomen, ceñido con un chaleco rojo, era demasiado voluminoso para su estatura, y que su coronilla había comenzado a clarear. Precisamente, esa ligera gordura y esa calvicie incipiente le conferían un aspecto de sorprendente serenidad. Sí, no parecía muy inquieto a pesar de todo lo que había sucedido.

Eric habría podido alcanzarlo, saludarlo y entablar conversación con él. Sin embargo, en esos momentos se apoderó de todo su ser una insoportable sensación de ti-

midez. De repente, le pareció que lo que estaba haciendo no era del todo lícito, que no tenía ninguna razón para dirigirse a aquel hombre y que, sobre todo, corría el riesgo de que este le dijera que debía meterse en sus asuntos. A punto estaba de desistir, cuando su perseguido depositó el libro en el cajón del que lo había tomado y reemprendió la marcha. El que se pusiera nuevamente en movimiento y Eric sintiera la necesidad de alcanzarlo fue todo uno.

18 Lo siguió durante un centenar de metros más hasta que dobló otra esquina. Eric apretó de nuevo el paso y, para alivio suyo, volvió a localizarlo. Estaba ahora detenido ante un comercio donde compró algo que parecía un cartucho de papel. Sí, eso debía de ser, porque había sacado algo del cucurucho y había comenzado a comérselo.

Eric se pasó la maleta a la mano izquierda y comprobó que tenía la palma de la derecha surcada por marcas rojizas. Se la frotó contra el muslo y continuó caminando. A esas alturas de la persecución, ya no le dolía solo el costado, sino también las dos manos, las piernas y la espalda. Hubiera deseado descansar, pero no podía permitírselo. No, después de haber caminado tanto. ¡Maldita sea! ¡Estaba doblando otra esquina!

Mientras el dolor del costado le subía hasta el pecho, Eric volvió a forzar su cansado paso. No estaba seguro, pero... pero parecía que también su perseguido había acelerado la marcha. ¡Por Dios! ¡Otra esquina, no! ¿Cómo podía haber tantas esquinas en Viena?

Tardó apenas unos segundos en alcanzarla, pero, cuando miró la calle, descubrió que el hombre había desaparecido. Una pesada nube de desaliento descendió sobre Eric al percatarse de que el objeto de su persecución se había desvanecido igual que si se lo hubiera tragado la tierra. Boqueando, caminó una docena de pasos más, pero siguió sin distinguir a la gruesa figura. Entonces escuchó a sus espaldas una voz que, teñida de tranquilidad, decía:

—¿Se puede saber por qué me andas siguiendo?